



ESPANTOSISIMA Y ALARMANTE NOTICIA!

*De una hija que asesinó a su padre y a su madrastra,
en una población del Estado de Jalisco.*

Rosendo Saenz vivía en un pueblo perteneciente a Jalisco con Andrea Gutiérrez, su segunda esposa, pues al mes de haber enviudado de su primera mujer Heliodora Sánchez, se había casado nuevamente con Andrea.

A Rosendo le quedó del primer matrimonio una hija llamada Candelaria, cuya edad era veintiún años. Esta hija desde que pensó casarse otra vez su padre, manifestó gran molestia; y una vez verificada la boda, creció más su antipatía a la madrastra, quien se vio precisada a corresponder a aquel odio, pues ya no podía ser otra cosa.

Candelaria a cada paso le dirigía indirectas a Andrea, y ésta lo mismo. Rosendo reprendía ásperamente todos los días a su hija consiguiendo con esto aumentar más el aborrecimiento de Candelaria para Andrea y por fin llegó la desnaturalizada hija a odiar a ambos del mismo modo. El día 24 de Mayo de este año, fecha del crimen, estaban cenando, y Candelaria, según costumbre, comenzó con sus sátiras. Andrea

no pudo soportar ya lo que le decía y le arrojó en la cara un trozo de pan. Candelaria quiso avalanzarse sobre ella, para vengarse; pero Rosendo lo evitó dando un fuerte bofetón a su hija en la boca. Esta, al sentirse lastimada, tuvo ímpetus de contestar a su padre aquel golpe, y a su madrastra también; hubiera querido hacer polvo a los dos; pero se contuvo al asaltarle la terrible idea de asesinarlos cuando estuviesen durmiendo; calculó que si trataba de vengarse al momento podía salirle caro, porque su padre tenía muchas fuerzas y Andrea también.

Así, pues, con esta horrorosa determinación, manifestóse muy humilde y se fué a acostar luego.

Los esposos siguieron hablando de lo que acababa de suceder, hasta que el sueño les rindió, hora en que se acostaron también. Candelaria empleó todo este tiempo en combinar la mejor manera para llevar a cabo su maldito y espantoso crimen.—Esta noche mueren los dos, aunque me consuma para siempre en los infiernos! ex-

clamaba. No volverán a pegarme otra vez!

Como a las tres de la mañana notó que sus futuras víctimas dormían profundamente y aprovechando esta oportunidad, se levantó temblando convulsivamente, con los ojos desecados, la boca entreabierta y todo su semblante demudado. Si alguno la hubiera visto en este momento, de seguro cree que es el mismo Lucifer. Agarró un filoso y puntiagudo cuchillo que tenía su padre, y se dirigió a los lugares donde dormían Rosendo y Andrea; primero se llegó a su padre, le contempló un segundo, y le encajó el cuchillo hasta el mango en el corazón. Un grito ahogado exhaló aquel infeliz, quedando muerto en el acto; luego, con rapidez convulsiva, incapaz de describir, corrió a donde estaba Andrea, haciendo lo mismo que con su padre. Andrea no pudo ni gritar; en el momento dejó de existir.

Candelaria, con el cuchillo y todo el brazo ensangrentado, echó a correr por un cerro inmediato a la casa, y a la madrugada se la encontró un pastor, y al verla con aquel semblante espantoso y con el cuchillo todavía ensangrentado en la mano, le dijo:

¿Qué sucedió, Candelaria? ¿qué has hecho?

Candelaria, como si se volviese de un sueño, respondió soltando el cuchillo: ¡Ah! he asesinado a mi padre y a mi madrastra, y cayó desplomada en las peñas. El pastor,

sin pérdida de tiempo, fué a traer a la autoridad judicial; llegaron al lugar donde cayó Candelaria, recogió el juez el cuchillo e hizo conducir a aquella maldita mujer a un calabozo incomunicada, después de tomarle la primera declaración. Fueron a la casa donde aconteció el crimen, y después de reconocer el juez a los cadáveres, mandó darles sepultura.

El mismo día, a las horas de estas diligencias, los presos de la cárcel de mujeres empezaron a gritar asustadísimas. Fué el alcaide y vió que lo que causaba aquella alarma, era el humo sofocante que salía del calabozo de Candelaria. ¡Quemazón! gritaban todos, pero no había tal, porque al abrir el alcaide la puerta de dicho calabozo, vió con inaudito asombro el cuerpo de Candelaria, enrojecido hecho una ascua, chispeando y despidiendo humo negro. Avisó el alcaide asustadísimo al juez, pero al contar éste no vió más que a Candelaria muerta, con la lengua salida y teñida la cara, brazos y manos de un color morado tirando a negro. Mandó enterrarla al momento; y así lo hicieron, pero al echarle la primera palada de tierra, dió un estallido horroroso y tembló todo el contorno del panteón. Echaron a correr los enterradores a darle parte al juez.—Ustedes están locos, les contestó, será como lo de la cárcel esta mañana. Sin embargo, vamos. Al llegar vió efectivamente la autoridad una humareda densa y el sepulcro vacío. El demonio se había llevado su cuerpo también.

¡Qué crimen tan espantoso
Ejemplos pocos habrá!
Por eso hoy en el infierno
Padezco sin descansar.

A mi padre le clavé
El cuchillo, ¡ay, qué horror!
Y a mi madrastra lo mismo;
¡Yo nunca tendré perdón!

Por eso me vieron presa,
Hecho lumbre todo el cuerpo,
Y por eso dí un tronido
Que estremeció el cementerio.

Ejemplo tomen, señoras,
Del suceso que pasó,
Y procuren libertarse
De un delito tan atroz.

